

## **AUROBINDO GHOSE Y LA ESCUELA POÉTICA DE PONDICHERY: NOTAS INTRODUCTORIAS**

*A Marina*

### I

Pocos destinos se hallan tan por debajo de los merecimientos de un autor como el que ha seguido la obra poética y filosófica de Aurobindo Ghose en Occidente y, de manera mucho más drástica, en España. Aquí, aquélla desembocó a finales de los setenta en las estanterías que las librerías de entonces dedicaban al orientalismo y esoterismo, posteriormente recicladas como “Autoayuda”. Y lo hizo con todo el resto de *swamis* y *gurus* y *sris* que tanto proliferaron en aquella era del doble destape erótico y espiritual. Llegó en surrealistas ediciones argentinas que hacían tanto honor a los originales como una caricatura a su víctima, y fue rápidamente secuestrada por “devotos” con brumoso horizonte intelectual que se esforzaron en rocambolizar y dogmatizar la doctrina del gran pensador indio. Con un conocimiento del inglés poco menos que rústico y un sentido de la poesía inexistente, se dedicaron además a traducir partes de la obra poética aurobindiana aproximándose a lo versos con sagrado temor, como si fuesen versículos coránicos en lugar de literatura, y respetando por ello su literalidad hasta extremos de pura irracionalidad sintáctica. De estas “traducciones” llenaron boletines que todavía perduran. Es esta esperpéntica historia, unida al clima antitrascendentalista dominante y al provincialismo cultural de nuestro país, la que permite comprender por qué las luminarias ibéricas siguen ignorando a una figura intelectual propuesta para el Nobel de literatura y que, en la India, supera con mucho en importancia al nefelibata Tagore.

Ghose nació en Calcuta en 1872. Hijo de un médico bengalí hondamente britanizado, fue enviado a la metrópolis colonial a edad muy temprana, donde padeció una educación inglesa que culminaría en la universidad de Cambridge. Cuando tornó a la India, en 1893, tenía una buena preparación en las lenguas europeas —sabía alemán, francés, español, latín, griego, escribía poemas en italiano y, por supuesto, manejaba a la perfección el inglés—, pero no conocía ninguna de su propio país, que, paradójicamente, despertaba en él ardores nacionalistas. Con el tiempo dominaría, sí, entre otras, el sánscrito (al que veía, en versión simplificada, como futura lengua de la unidad india), el hindi (por el que no sentía una simpatía especial), el bengalí (idioma de su patria chica) y el tamil (lenguaje de su tierra de adopción); pero, al retorno a su patria, fue la lucha política, su militancia en el extremismo independentista, lo que se convirtió en el factor soberano de sus actividades. Si por éxito entendemos fama, su pugna política, ciertamente, lo tuvo: al cabo de unos pocos años, las autoridades coloniales declararon a Ghose enemigo público número uno del Imperio y lo encerraron en la cárcel de Alipore, acusado de terrorismo. Agnóstico, si no directamente ateo, Ghose había acudido tiempo atrás a un yogui, advertido de que ciertas prácticas de meditación podían resultarle una importante fuente de energía vital en su actividad antiimperialista; más tarde, en prisión, las experiencias interiores desatadas en los mismos comienzos de su práctica contemplativa cobran una dimensión abrumadora. Tanto es así que tras un año en Alipore —desde Abril de 1908 hasta el mismo mes de 1909—, después de haber sido juzgado, declarado inocente y puesto en libertad, el discurso de Ghose se habrá desplazado irrecuperablemente de lo político a lo espiritual; y ya no tardará mucho en substituir su viejo proyecto de revolución india por la idea,

ilimitadamente más ambiciosa, de una revolución integral humana: una revolución y una *evolución* más allá de los límites psíquicos y somáticos a los que el hombre se ha resignado hasta el punto de tomarlos por la definición de su mismísima naturaleza.

## II

En 1910, bajo una nueva amenaza de encarcelamiento a manos de las autoridades coloniales británicas, Aurobindo Ghose deja Calcuta y se trasplanta a la India francesa, estableciéndose en la ciudad, costera y meridional, de Pondicherry, de donde ya no volverá a salir. Su personalidad, su trabajo intelectual, su búsqueda espiritual, harán que poco a poco vaya reuniéndose en torno a él una comunidad de — digamos— *buscadores afines*, quienes acaban colocándolo en la enojosa posición de “maestro”... una posición en la que Ghose nunca llegará a sentirse cómodo por completo. Aunque la comunidad funciona bajo el nombre indio tradicional de *ashram*, lo cierto es que este “ashram” tiene muy poco que ver con esas otras ermitas en las que los yoguis se retiran del mundo, permitiendo, todo lo más, un círculo de discípulos a sus sabios y santos pies. La comunidad de Pondicherry bulle de actividad y se implica —en ocasiones incluso demasiado para el gusto de las autoridades francesas— en la política y la cultura de su tiempo.

En algún momento Ghose protestará que él, antes que político, filósofo, o místico, es poeta. Es un “antes” cronológico, desde luego, y es un “antes” cualitativo: esto es, un “antes” y un “después”. Para cuando se instala en Pondicherry, Ghose tiene escrita ya una amplia obra poética de la que destacan la primeriza *Songs to Myrtilla* (1895) y los dos poemas narrativos en pentámetros yámbicos *Urvasi* (1896) y *Love and Death* (compuesto en 1899 pero no publicado hasta 1921). Este último, una leyenda órfica extraída del *Mahabharata*, prelude lo que será el gran poema épico de Aurobindo Ghose: *Savitri*, una obra monumental escrita en el verso miltónico que, con sus 24.000 versos, supera en extensión al *Paraíso Perdido*, el *Paraíso Recobrado* y el *Preludio* juntos. Ghose la escribió y rescribió hasta el final de sus días, “reformateándola” —por así decirlo— desde cada nuevo nivel de consciencia abierto, cartografiado y conquistado por su anábasis mística... o así, cuando menos, corre la historia. Igualmente monumental, a su propio modo, es el poderoso poema *Ilion*, que, escrito en 9.000 hexámetros homéricos y precedido por un ensayo sobre la naturalización del verso cuantitativo en la lengua inglesa, reelabora el viejo tema de la destrucción de Troya. Y notorios son, por fin, sus “Poems in New Metres” en los que Ghose se libra a un sinfín de innovadores experimentos métricos. Pero es *Savitri* —ya predicho en su estudio *The Future Poetry*, publicado de forma serial en la revista *Arya* entre 1914 y 1917— el que nos revela el sentido profundo de la vocación poética aurobindiana. Además de una historia órfica de salvación del Amado más allá de la muerte pero, en esta ocasión, de auténtico triunfo del Amor sobre la Muerte, *Savitri* es un recorrido por la escala de los mundos: toda una antología de las experiencias místicas descritas, insinuadas o intuidas por la tradición india antes de él. Ghose sugirió en algún momento que había utilizado *Savitri* como vehículo o plataforma de ascenso, volviendo el oído interno —como quien dice— sólo hacia las voces e inspiraciones de la consciencia más elevada, ésa cuyas imágenes y cuya calidad vibratoria constituyen la misma naturaleza del *mantra*: la palabra-visión creadora, el sonido manifestante. Es como si Blake hubiese hecho la anatomía de su loado “Genio Poético”... que, por cierto, coincide de manera inquietante con esa otra consciencia absoluta que Ghose llama Gnosis o Supermente.

De aquellos *buscadores afines* reunidos alrededor de Ghose en Pondicherry, no pocos empezaron a experimentar inspiraciones e inclinaciones poéticas con el avance de su esfuerzo de interiorización. Nombres como Amal Kiran, Nolini Kanta Gupta, Nishikanto, Harindranath Chattopadhyaya, Arjava, Dilip Kumar Roy, Nirodbaran, Pujalal, Thémis, Prithwi Singh Nahar..., algunos de los cuales ocuparon más tarde un lugar en las letras indias, me vienen a la memoria. Su poesía es fundamentalmente supernaturalista, un canto, a menudo lleno de admiración y perplejidad, otras veces coloreado de melancolía, ante los horizontes percibidos desde su nueva plataforma visionaria. En cierto modo todos ellos, incluido el “maestro”, son herederos de la vocación trascendentalista de los románticos ingleses, a los que Ghose llamó “poetas de la Aurora”.

La talla poética de Ghose no ha acabado de ser reconocida aún en toda su magnitud; la historia de la escuela poética de Pondicherry está todavía por escribirse; el mismo concepto de “escuela poética de Pondicherry” es, en el fondo, por ahora, demasiado nuevo y demasiado vago; pero constituye un reto para nuestro mundo crítico y lector, excesivamente habituado a adscribir las veleidades espiritualistas del poeta a eras más brumosas u oscurantistas, hallar un lugar para esta corriente poética india que nos llega en una lengua accesible como el inglés y aprender a disfrutar esas resonancias suyas que, sin postergar el mundo inmediato de nuestros apegos y melancolías, abre las puertas al mundo adyacente de nuestras más incalculables aspiraciones.